

Revista de Ciencias Sociales

Vol II

Diciembre, 1958

Núm. 4

LA UNION SOVIETICA DESDE STALIN: CAMBIOS SOCIALES*

MERLE FAINSD**

AL analizar las perspectivas del futuro en la Unión Soviética, hay que prestar atención especial a los estratos sociales soviéticos que se van formando y en particular a las aspiraciones de aquellos grupos que habrán de ejercer cada vez mayor influencia en las próximas décadas. La Unión Soviética tiene su élite además de las masas amorfas y lo que pudiera denominarse clase media, la cual ha aumentado rápidamente durante el período de industrialización y que se espera siga creciendo en los años futuros, no sólo en número sino quizá también en influencia. Un breve análisis de estas categorías sociales puede ser valioso para determinar las tendencias políticas futuras.

En la cima de la pirámide social soviética existen varios grupos relativamente fáciles de identificar. Primeramente está la élite del Partido encabezada por el Presidium, en el que figuran prominentes funcionarios del secretariado del Comité Central y líderes proletarios del Partido en las diversas repúblicas y dependencias soviéticas. En segundo término figura la élite administrativa que incluye a los ministros, diputados y altos funcionarios del Centro, las repúblicas y dependencias, y que comprende también la aristocracia económica compuesta de directores de fábricas y jefes de empresas importantes. En tercer lugar está la élite militar, los mariscales y generales y los de rango similar en la jerarquía policiaca. En cuarto término, la élite de los hombres de ciencia y los técnicos, los miembros de las academias, los directores de impor-

* Traducido por Aurelio Pego.

** Profesor de Gobierno de la Universidad de Harvard.

tantes instituciones de enseñanza, los profesores más destacados y los ingenieros y trabajadores científicos más sobresalientes. Por último, está la élite cultural, los mejores escritores, periodistas, directores de teatro y cine, actores, cantantes, músicos y otros destacados cultivadores de las artes.

Lo que estos grupos tienen en común son los privilegios y gajes del oficio, los intereses creados y un justificable y comprensible deseo de disfrutar con seguridad y a salvo de su posición. Los papeles que desempeñan varían. El Partido y las élites administrativa y militar son los que manejan el poder en la sociedad soviética; los hombres de ciencia, los técnicos y la élite cultural son los depositarios del conocimiento y de las habilidades especiales que los que manejan el poder estiman esenciales para el desempeño de sus cargos. Debe darse énfasis al hecho de que, a pesar de todo, la élite soviética es aún en gran medida de carácter funcional más bien que hereditaria. Sus miembros están, naturalmente, ligados por lazos sociales e indudablemente transmiten a sus hijos algunas ventajas especiales de que disfrutaban, pero como el acceso a la élite está abierto a las gentes de talento, conserva un carácter variable más bien que rígido.

La que he catalogado como clase media es probablemente la más difícil de definir, pero aun a riesgo de cometer alguna arbitrariedad, diría que podrían incluirse en la misma las categorías que a continuación se detallan. Dentro de la esfera del Partido se incluiría al personal de responsabilidad más bien que al directivo, los que ocupan cargos oficiales o de representación y que integran el término medio y el inferior en la escala del Partido, los ayudantes del elemento oficial del Centro, de las repúblicas y dependencias, los que ocupan puestos importantes en los órganos del Partido y los que actúan como secretarios de las organizaciones principales del Partido en las grandes fábricas y empresas. Dentro de la esfera administrativa la clase media probablemente comprendería gente de categoría parecida, o sea personas de responsabilidad pero que no son funcionarios importantes en los ministerios centrales y burócratas con cierto grado de autoridad en las repúblicas soviéticas, dependencias, ciudades y distritos. En el campo de la industria y el comercio estarían dentro de la categoría mencionada los jefes de fábricas y empresas de menor escala, la mayoría de los ingenieros, tenedores de libros y contables de más antigüedad, jefes de talleres y capataces y los trabajadores especializados mejor retribuidos. Dentro de la agricultura se incluiría en la clase media a los presidentes de las granjas colectivas, los encargados de estaciones de tractores y máquinas agrícolas y granjas del Estado y sus principales ayudantes, tales como agrónomos y demás personal técnico. En el ejército, pertenecerían a la clase media todos los jefes y oficiales con un rango inferior al de general

y los de gradación similar dentro de la jerarquía policiaca. En el campo científico y técnico figurarían los profesores e investigadores con menos años de experiencia, de las universidades e institutos técnicos; la mayoría de los médicos, ingenieros, arquitectos y demás personal científico y técnico profesionalmente educado. En el terreno cultural, abarcaría a los directores de escuelas y colegios técnicos, a los maestros de segunda enseñanza, a la mayoría de los periodistas y a los profesionales, no tan bien remunerados, de las artes, la literatura, la música y el teatro.

Sólo mencionar todas estas categorías da una idea del carácter amorfo de lo que yo denomino la clase media soviética. Los diferenciales económicos abarcan un amplio margen y comprenden probablemente desde el pequeño sueldo de mil rublos mensuales a un extremo de la escala al de cuatro o cinco mil al otro extremo. También varía la importancia de los cargos, que se extienden desde el obrero especializado y bien pagado hasta el administrador de una empresa de regular tamaño, desde el segundo teniente al coronel del ejército. Sin embargo existen ciertas características comunes que justifican el que agrupe gente tan miscelánea en la categoría de clase media. Cierta denominador común caracteriza a este grupo: un ingreso generalmente muy superior al promedio soviético, cierto grado de pericia o de entrenamiento profesional, y la esperanza de que dicha pericia o educación tenga un reconocimiento especial, aparte del convencimiento subjetivo de formar parte de un grupo que en cierto sentido por lo menos se ha elevado sobre las filas comunes de la ciudadanía soviética.

A pesar del riesgo que entraña el formular las aspiraciones de un grupo de tan diversos intereses como el que comprende esta clase media, creo que se puede uno aventurar a hacer ciertas observaciones de carácter general.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que de este grupo surgirá un nutrido segmento de la élite de mañana. En las filas de los más jóvenes, por lo menos, se encuentran las reservas de talento de donde se obtendrán los futuros dirigentes. Las aspiraciones de los miembros más ambiciosos de este grupo se dirigen hacia arriba, hacia la categoría de la élite a la que desean llegar.

En segundo lugar, conviene no pasar por alto que los miembros de este grupo ya han gustado un poco de las mieles del poder y les agrada disfrutarlo en mayor medida. Agradecen en general los favores que han recibido, pero no se contentan con permanecer estacionarios. En términos de sociología, van en escala ascendente y mantienen aspiraciones muy superiores a su situación presente, tanto en términos de responsabilidad como de bienestar. Representan una fuerza con la que tienen que contar los líderes del régimen.

En tercer lugar, aunque la mayoría de los miembros de este grupo probablemente están identificados con el régimen, se estiman a sí mismos como buenos patriotas soviéticos, y cumplen, por lo menos, con la ideología oficial, en general sus motivaciones ideológicas son bastante inferiores a las de la generación que hizo la Revolución. Son gentes que han heredado un régimen en marcha. Muchos de ellos han sido educados para desempeñar puestos técnicos, desempeñan cargos prácticos y esta situación la reflejan en cierta orientación pragmática. Tienen a buscar una compensación material en el presente y están menos inclinados a sacrificar este presente por un futuro indefinible. Al igual que muchos de los miembros de la élite, desean librarse de los temores e incertidumbres del período stalinista. Lo que ansían es seguridad y estabilidad como salvaguarda a la intervención arbitraria en sus carreras y sus aspiraciones de por vida.

En cuarto lugar, disgregados en este grupo, especialmente entre los estudiantes e intelectuales, se encuentran algunos cuyas aspiraciones van todavía más allá, que anhelan mayor libertad intelectual y hasta política, que muestran cierto cinismo por lo que respecta a la ortodoxia oficial y que desean alcanzar una mayor libertad de la que el régimen hasta ahora está preparado a concederles. Potencialmente por lo menos este elemento representa a la vez un peligro y un reto al régimen. Hasta qué grado es un peligro, sólo el futuro lo dilucidará.

Al fondo de la escala social soviética, en número que todavía constituye la gran mayoría de la población, se encuentra la gran masa de agricultores de las granjas colectivas, trabajadores ordinarios y semicalificados, personal de oficina y de servicio que realiza trabajos rutinarios que requieren poca pericia o adiestramiento. En cuanto a la posición social, el trabajador de cuello blanco está por encima del trabajador manual y éste, a su vez, ocupa un plano superior al campesino de las granjas colectivas. Lo que tienen en común es que todos ellos perciben ingresos más bajos que el promedio, y su tipo de vida, a pesar de las mejoras de estos últimos años, apenas si supera el limitado margen de subsistencia. Para muchas de las personas que pertenecen a este grupo el régimen son "ellos" no "nosotros", y aunque todos se unieron en momentos de peligro nacional como la Segunda Guerra Mundial y aplauden, como deben, cuando se les otorgan favores cual la nueva ley de pensiones, el aumento del jornal mínimo y la reducción del número de horas de trabajo, su actitud ante el régimen es la de que hay que soportarlo como una carga, más bien que quererlo, y no viene a ser el campeón de sus intereses. Para algunos miembros de este grupo o sus hijos queda la esperanza de que pueden ascender la escala de la educación para alcanzar la clase media, y la insistente demanda por parte del régimen de trabajadores adiestrados presta realidad a sus as-

piraciones. En general, las masas inferiores en la sociedad soviética trabajan tanto para subsistir que no tienen tiempo para dedicarse a actividades políticas. Se les oye quejarse y refunfuñar, pero a pesar de informes recientes de casos aislados de suspensión de trabajo y huelgas, no se observa en ellos ningún dinamismo revolucionario. Puede que sus demandas se agudicen a medida que asciende su nivel educativo, pero por ahora parecen, en general, resignarse y probablemente continuarán así, siempre que el régimen vaya mejorando su nivel de vida y manteniendo un sentido de progresivo bienestar.

Cualquier esfuerzo que se haga para derivar consecuencias políticas de los cambios sociales de los últimos años conlleva los riesgos pertinentes a un pronóstico especulativo. Mucho depende, por supuesto, de que la situación internacional permita continuar un proceso evolutivo. Si se da por supuesta esta situación —y téngase en cuenta el condicional “si”— me parece que se pueden predecir ciertos cambios en el carácter dirigente soviético. Es posible que los nuevos elementos que se recluten para formar parte de la élite sean personas de una educación superior a la de sus predecesores y que estén mejor orientados técnicamente en su adiestramiento y su experiencia. Con el tiempo los dirigentes máximos del partido probablemente reflejarán esta predisposición técnica, y uno puede esperar como consecuencia un creciente grado de inestabilidad e intercambio en los puestos cumbre del Partido y en los administrativos. La asimilación a los círculos dirigentes del Partido de personas de talento de los campos profesionales, militares y productivos probablemente continuará y la diversidad de sus tendencias es casi seguro que dé lugar a manifestaciones expansivas dentro del Partido más bien que fuera.

Uno de los problemas más interesantes que suscitará este nuevo desenvolvimiento es el de que posiblemente afectará la política del Partido y su doctrina. Si los altos círculos del Partido se tornan en palestra en la que los peritos militares y de producción ejerzan su influencia, ¿no es de esperar que cálculos de eficiencia y consideraciones de carácter económico y militar pesarán mucho más en los consejos dirigentes? ¿Conducirá esta situación a una relativización del dogma del Partido y a que surja una orientación más pragmática en las decisiones que se tomen? ¿O será el resultado sencillamente que los fines ideológicos determinados se persigan por medios más racionales? Por importantes que sean estas preguntas aparentemente todavía no hay contestaciones. Quizá todo lo que podamos decir es que la deterioración de la doctrina del Partido será, en las mejores circunstancias, un proceso a largo plazo. A plazo corto, o sea en los próximos años, todavía tenemos que contar con una dirección que está ideológicamente ya trazada, por mucho que sus

decisiones estén atemperadas por cálculos racionales y técnicos que reflejen un ascenso en el nivel educativo e industrial moderno.

El impacto de la industrialización es probable que se manifieste en el número y la importancia que alcance la clase media y en particular la inteligencia técnica que en ella exista. Su aspiración, ya se ha observado, se manifiesta más en el sentido de recompensa material, menos arbitrariedad e interferencia política en el desempeño de sus actividades, y en el caso por lo menos de algunos intelectuales un anhelo de mayor libertad. El tema central aquí es determinar hasta dónde los líderes del Soviet están dispuestos a dar realidad a esas aspiraciones. Teniendo en cuenta que la lealtad de este grupo es esencial para que el régimen sobreviva, lo que se podría esperar *a priori* es que los dirigentes se preocupasen de mantener contentos a los miembros de este grupo. Pero el problema no es tan sencillo. El Alto Mando soviético no puede ceder a las demandas de este grupo sin perder parte del dinamismo que necesita para mantener un rápido progreso industrial. Si permite demasiada libertad, corre el riesgo de crear pugnas dentro de su propia dirección. La política de "descanso controlado" que viene experimentando la dirección soviética poststalinista implica a la vez "control" y "descanso" y los dos no son fácilmente reconciliables. Cómo se resolverá el problema está lejos de esclarecerse, pero la experiencia hasta ahora nos ha dejado torvos recuerdos que indican que hay un límite para el descanso. La dirección soviética puede que atraiga a la clase media totalitaria proporcionándole mayores y más adecuados incentivos, dándole la garantía de una mayor seguridad de la que tenía en tiempos de Stalin, concediéndole más autonomía funcional en interés de una mayor eficiencia en sus trabajos, y prometiendo más amplias perspectivas a los más ambiciosos. No debemos esperar que los líderes soviéticos desmantelen la maquinaria de los controles del Partido y la política, y se puede predecir que serán implacables en suprimir cualquier forma de disensión que constituya un reto político para la posición atrincherada de la propia dirección. Si este módulo de concesiones y de control llegará a satisfacer las aspiraciones de la clase media soviética, habrá que verlo. Yo sospecho que será más eficaz a corto que a largo plazo.

Cuando uno se vuelve hacia la muchedumbre soviética, la gran masa de campesinos, de trabajadores comunes o semiespecializados, de empleados de todo género, parece lógico presuponer que a la larga los dirigentes soviéticos tendrán que tener en cuenta las aspiraciones cada día mayores de esas masas.

Supongo que no será imposible que un futuro régimen soviético adopte alguna de las medidas de Stalin y ejerza la presión necesaria para mantener un promedio elevado de crecimiento industrial poniendo rígida cortapisa a las demandas del consumo actual. No lo creo proba-

ble, sin embargo, y más bien espero que en los próximos años cualquier gobierno soviético que desee mantenerse en el poder tendrá que hacer concesiones cada vez más amplias al deseo popular de disfrutar en mayor medida del bienestar material que Stalin se disponía a proporcionar. Puede que estas concesiones resulten modestas de acuerdo con nuestro módulo de vida y que pretendan solamente evitar que el descontento desemboque en un reto abierto al régimen. Una vez abierto el apetito no es fácil satisfacerlo; siempre se corre el peligro de que surjan demandas mayores de las que el régimen está dispuesto a conceder.

Queda la cuestión de la ideología y las creencias, el deseo de sacrificarse por el futuro, lo que es esencial si el régimen ha de mantener el espíritu revolucionario. El menos observador de los visitantes de la Unión Soviética se da cuenta en seguida de que los medios de comunicación se sobrepasan en la propaganda agitadora de celebrar la superioridad del sistema soviético y denunciar los males del capitalismo. Una propaganda tan constante indudablemente que deja su impacto, y sería absurdo y fatal el descartar el torrente que emana del aparato agitador y propagandístico soviético como un mero desperdicio verbal. Pero aún hay algo más. El observador visitante que tiene la oportunidad de hablar con los ciudadanos soviéticos corrientes, pronto se apercibe de otra característica resultante de la propaganda totalitaria. En algunos aspectos, las filas ciudadanas soviéticas se componen de los hombres más apolíticos que existen. Estiman que la política y la ideología son asuntos de los líderes y no de las gentes sencillas. La descarga ideológica puede que deje sus residuos inconscientes, pero los temas que prevalecen en la conversación corriente no son ni políticos ni ideológicos sino los del trabajo, los jornales, la alimentación, el vestido, la casa y las experiencias de cada uno así como los problemas de la vida diaria. Muchos ciudadanos soviéticos saben que la vida fuera de las fronteras del Soviet no es tan sombría como la pintan los diarios soviéticos y la vida dentro del país no es tan animada como generalmente la presentan. Al propio tiempo, el patriotismo y el amor al país están profundamente arraigados y el régimen, que lo sabe, recurre a este sólido apoyo, orientando su propaganda hacia este tema. Pero para la mayoría de las masas el marxismo y el leninismo es una jerga sin mucho sentido. Juzgan al régimen por sus hechos. Cuando la carga se les hace pesada, gruñen y la soportan. Cuando el peso disminuye, suspiran aliviados.

Entre los miembros del Partido, los intelectuales y los elementos que componen las clases media y superior existe, naturalmente, un mayor grado de refinamiento ideológico. En realidad, un mínimo de habilidad en manipular símbolos ideológicos es prácticamente un factor esencial para triunfar en la sociedad soviética. Para algunos, es una cuestión de arraigada creencia, y la seguridad de estar en lo cierto que

acompañía al convencido es algo que hay que verlo para comprenderlo. En otros es una cuestión de fórmula de fe, algo que hay que hacer porque son las cosas que se hacen en el círculo en que uno se mueve. Y para otros, es una cuestión de adaptación cínica, en que las dudas íntimas que pudieran surgir se reprimen en interés de hacerse de una carrera de éxito.

La mayoría de los observadores que vienen analizando el panorama de la Unión Soviética por largo tiempo creen percibir cierta decadencia en la ideología militante y admitida en la sociedad soviética, cuando se la compara con el fervor evangelizador y la dedicación mesiánica de los primeros años de la revolución. En realidad, no es difícil comprobar el fenómeno recurriendo a fuentes del propio Soviet. Un magnífico ejemplo nos lo ofrece el reciente poema de Evgeni Evtushenko, "Stantsia Zíma" (Oktyabr No. 10, 1956), en el que el viejo pescador se dirige a un joven inquieto de la nueva generación con motivo del decaimiento de su ardor respecto al "komsomol":

"Yo bien me acuerdo de los fervorosos amigos de tu madre,
cuando eran jóvenes, con anhelos de creación.
Sí, yo bien me acuerdo de su noble intención,
de sus ideas apasionadas y sus fieros debates,
hacían el ridículo a veces y eso es cierto,
y sus ideas dañinas a veces, ya sabemos,
pero si he de ser franco, me preocupa a mí que tú
y otros jóvenes como tú, carezcan de ese ímpetu.
Y lo que es peor —y acaso me equivoque, amigo—
las ideas jóvenes en ti, difíciles son de hallar;
y después de todo un hombre es al fin
de la edad que sus pensamientos él ha de albergar.
Es lo que digo, hay jóvenes, pero no hay juventud.
Mira a mi sobrino, un caso típico como tú,
no ha cumplido los veinticinco, es la verdad,
y parece tener treinta por lo menos, o acaso más.
Era íntegro en un tiempo —ahora es más de lamentar—
últimamente se ha olvidado hasta de cómo vivir;
es miembro sí del comité de "raion",
de paso duro, va y viene como los que ve mandar,
ha cambiado su modo de andar, de acero su mirada es,
sus propios discursos motivan su emoción:
lo importante no es acelerar el trabajo, se ve,
más bien el trabajo existe para acelerar el hablar.
Y así, maestro de la palabra mesurada es...
un gran ciudadano, temeroso de errar.

¡Pero la juventud debiera tener como límite el cielo!
 No, los jóvenes ya no son lo que fueron verdad,
 ni los peces lo son (añadió suspirando, [en la mano el anzuelo]).

La prueba no se limita a la poesía. Una lectura rápida de las manifestaciones ideológicas lanzadas con motivo del vigésimo congreso del Partido revelan cierta impaciencia respecto al trabajo doctrinario del que no tenga que ver con la producción, con lo que se ha dado en llamar "la lucha por la realización de la labor práctica de construcción comunista". En su discurso en el Congreso, Suslov, uno de los principales doctrinarios del Partido, citó, con aprobación, lo que había dicho un operador de máquinas complejas: "He estado en un círculo que estudia la historia del Partido durante trece años. Por décimatercera vez nuestros propagandistas nos están explicando lo que es el Bund. ¿Es que no tenemos nada más importante en que ocuparnos que criticar al Bund? Estamos interesados en los asuntos de nuestro MTS, de nuestro distrito, de nuestra provincia. Queremos vivir en el presente y en el futuro, pero nuestros propagandistas se han enfangado tanto con los asuntos "bundistas" y del Narodnik que ya no ven más allá".

Este estado de conciencia pragmático uno sospecha que probablemente concuerda bien con los dictados profesionales de los intelectuales técnicos y otros miembros de la clase media totalitaria, cuyas preocupaciones reales son administrativas, directivas y científicas más que ideológicas. Si estos asuntos desempeñasen un papel todavía más importante en la sociedad soviética, habría que esperar un reajuste aún mayor del dogma del Partido con los problemas directivos de una sociedad en proceso de industrialización rápida.

Hay, además, otros factores que apoyan la tendencia. La difusión de la educación superior es de esperar que traiga el deseo de que se ofrezca un cuadro más mundano y complejo de la realidad de lo que permite la doctrina ortodoxa del marxismo y leninismo. Si lo quieren los dirigentes no es inconcebible que se hagan reajustes ideológicos. Un ejemplo de tal posibilidad nos lo ofrece el que se repudiase en el vigésimo congreso del Partido el "simplista" punto de vista de Stalin de un decaimiento rápido del capitalismo occidental.

Pero hay que andarse con cuidado. Una cosa es que los dirigentes ideen una variante más sutilmente mundana del marxismo y el leninismo, y otra el echar por la borda la estructuración completa. No hay señal alguna de esto último y a menos de que surja una catástrofe en la dirección soviética, no es probable que ocurra. El régimen todavía está comprometido a seguir la doctrina de que el comunismo arrollará en el futuro, que el Partido es el verdadero defensor de los intereses de los

trabajadores y debe continuar en el poder hasta que se imponga el comunismo.

Puede ser que estos factores fundamentales sean cada vez más discutibles en los próximos años. Mi encuentro con algunos estudiantes disidentes dentro de la Unión Soviética da margen a creer que la crítica fundamental no ha desaparecido. Las nuevas generaciones tratarán de desentrañar el misterio ellas mismas, y la ortodoxia consagrada de un tiempo puede que se convierta en el desatino descartado de otro posterior. Aquellos que han viajado por la Unión Soviética recientemente pueden atestiguar que las revelaciones acerca de Stalin causaron profunda sorpresa a la juventud y que ese borrón y cuenta nueva de la reacción origina ciertas preguntas esenciales. El paso de la admisión total al rechazo total puede que resulte más corto de lo que la mayoría de los estudiantes del totalitarismo estaban dispuestos a conceder.

Mi impresión, sin embargo, es que la desilusión total todavía es un factor marginal en la vida del estudiante soviético. Por muchas que sean las dudas íntimas y por mucho que sea el escepticismo con que se acoja la propaganda, los estudiantes soviéticos no irradian el aura propia de una generación revolucionaria. La mayoría de los estudiantes con quienes hablé sentían una gran curiosidad respecto al Occidente, pero habían sido educados para cuidarse más de sus propias carreras y se mostraban cautelosos en expresar disenso y, por lo menos de labios afuera, mostraban gran orgullo en lo realizado hasta ahora por el Soviet y en su futuro. Hay crítica y hay cierto fermento, pero los jóvenes intelectuales no son aún los "superfluos" de los tiempos zaristas, desviados del país, amañando conspiraciones para derribar a la autocracia. Puede que llegue ese momento, pero no es ahora y aparte de una crisis trascendental o una honda repulsa al poder soviético, no es probable que ocurra en los años próximamente venideros.

Con todo, mantengo mi optimismo en un futuro a largo plazo. La característica política del período poststalinista ha sido un aflojamiento de las ataduras en diversos aspectos de la vida soviética comparado con las riendas tirantes del régimen de Stalin. El resultado ha sido que se hayan puesto a pensar los que tenían una mente inquisitiva, haciendo preguntas que el régimen preferiría no se hicieran jamás. La nueva dirección soviética ha impuesto súbitas restricciones en cuanto algunos elementos de la población se pasaron de los límites o se excedieron de las fronteras de "la nueva libertad". Sin embargo, es alentador observar que después de haber estado moldeando durante cerca de cuarenta años al "hombre soviético", todavía hay quien se pase de los límites y excede de las fronteras. ¿Es mucho decir que hay que creer que el futuro les pertenece?

THE SOVIET UNION SINCE STALIN: CHANGES IN SOVIET SOCIETY

MERLE FAINSOD

(Abstract)

Soviet society is structured into three "class" groupings: an upper class containing the Party, administrative, military, scientific-technical and cultural élites; a "state middle class" consisting of middle and lower rung Party and administrative "apparatchiki", middle-ranking figures in trade and industry, chairmen of collective farms and their leading assistants, members of the officer corps below the rank of general, etc., and a lower class made up of collective farmers, unskilled and semi-skilled workers, and routine clerical and service personnel. The state middle class is characterized by "an income well above the Soviet average, some degree of special skill or professional training, the expectation that such skill and training will receive special recognition, and the subjective consciousness of forming part of a group which in some sense at least has lifted itself above the rank and file of Soviet citizens." This is the group from which a large segment of tomorrow's élite will be recruited and its members are far less "ideologically" motivated than the generation which made the Revolution. Scattered among this group, particularly among students and intellectuals, are some who "yearn for greater intellectual and even political freedom, who are cynical about official orthodoxies, and who are reaching out for much more liberty than the regime has thus far shown itself prepared to grant." For many of those at the bottom of society the regime is "they" and not "we", "something to be endured rather than loved, a weight on their backs rather than a recognized champion of their interests."

Among the possible consequences of the social changes of the last few years might be listed the following. New recruits to the élite are likely to be better-educated than their predecessors and to be more technically oriented in their training and experience. There is the possibility of serious erosion of Party doctrine in the long-run, but in the short run "we must still count upon a leadership that is ideologically committed, however much its decisions may be tempered by rational and technical calculations which reflect a rising level of educational and industrial sophistication". The "state middle class" might be expected to grow in size and importance and will aspire to material rewards and

a reduction of arbitrariness and political interference in carrying on its activities. The leadership will woo the middle class, but "we should not expect the Soviet leaders to dismantle their machinery of Party and police controls and we can anticipate that they will be ruthless in suppressing any form of dissent which raises a political challenge to the entrenched position of the leadership itself". As for the "masses", the leadership must reckon with their mounting aspirations through broader concessions to mass material welfare. However, "appetites once whetted may not be satisfied so easily; there is always the danger that they may make greater demands than the regime is prepared to concede." Although continuous government indoctrination has not been wasted, the average Russian is apolitical with a deep-seated patriotism and love of country. Among Party people, intellectuals, and members of the middle and upper classes, there is, of course, a higher degree of ideological sophistication.

Given the pragmatic cast of mind of the middle class, one would expect a significant adjustment of Party dogma to the problem of managing a society in process of rapid industrialization. The spread of higher education can also be expected to usher in a demand for a more sophisticated and complex picture of reality than is permitted by the orthodox shibboleths of Marxism-Leninism. However there is as yet no sign that the basic ideological assumptions of the regime will be cast overboard. Perhaps, however, even these fundamentals ("Communism is the wave of the future"; "The Party is the true custodian of the interests of the toilers"; "The Party must remain dominant until Communism is realized") will be increasingly challenged in the years ahead. The step from total commitment to total rejection may be shorter than most students of totalitarianism have been prepared to concede. "Surely it is heartening to observe that, after nearly forty years of conditioning the new "Soviet Man", there are still those who probe limits and dare overstep bounds. Is it asking too much to believe that the future belongs to them?"